

Capítulo sobre la Regla de San Benito - CFM - Roma 14.09.2011

El segundo signo del buen celo que deben tener los monjes, la segunda “bienaventuranza” benedictina es: “Sopórtense con gran paciencia sus debilidades tanto físicas como morales” (72,5).

Me parece una feliz coincidencia meditar sobre este punto en el día de la Exaltación de la Santa Cruz. San Benito, en efecto, utiliza aquí términos que aluden claramente a la Pasión y a la Cruz. Se trata de llevar, con extrema paciencia (*patientissime*) las enfermedades del cuerpo y del alma, al igual que Cristo que llevando la Cruz cargó sobre él toda la miseria humana, los sufrimientos físicos y la fragilidad del pecado del mundo.

Como para el honor, también para esta participación en la Pasión de Cristo san Benito nos pide ejercitarla en la comunidad para entrar en la universalidad del amor de Cristo, que soporta y transfigura las debilidades físicas y morales del mundo entero.

Esta paciencia que soporta, que lleva las fragilidades propias y de los demás, físicas y morales, tiene un carácter de fuerza femenina, de aquella energía femenina y materna que, mucho más que la fuerza viril, sabe hacerse cargo de la fragilidad humana. Fuerza materna que lleva al niño en el seno y en sus brazos, pero, sobre todo, en el camino de la vida, allí donde el ser humano experimenta fatiga al afrontar con su fragilidad física y moral la lucha de la existencia. En estas palabras hay un eco del carácter femenino de la misericordia divina, expresado con la palabra hebrea “*rachamim*”, término que literalmente significa “entrañas maternas”, que volvemos a encontrar en el cántico del *Benedictus*: “por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto” (Lc 1,78).

Así pues, San Benito nos pide entrar en esta dimensión materna de la misericordia divina, y hacerlo juntos, en comunidad. En el fondo, es la comunidad en su conjunto la que, en el intercambio recíproco de soportar pacientemente las fragilidades físicas y morales, está llamada a hacerse seno materno que nos genera y regenera, y que es capaz de generar a todos los que entran en ella.

Si al comienzo de la Regla san Benito propone un modelo de monje fuerte, viril y militar, como cuando, por ejemplo, al comienzo del Prólogo invita a “militar bajo el verdadero rey, Cristo el Señor, esgrimiendo las fortísimas y gloriosas armas de la obediencia” (Pról 3), y dice que quiere organizar “la fortísima raza de los cenobitas” (1,13), se tiene la impresión de que al final de la Regla este ideal de fuerza combativa deja el puesto a una fuerza más interior, más misericordiosa, más materna, como es la paciencia que se hace cargo de las debilidades. La verdadera fuerza en la vida está allí donde se protege y sostiene a quien no tiene fuerza. Y san Benito sabe que en esto ninguno está solamente de la parte del fuerte: todos tienen sus fragilidades físicas, psíquicas, morales que, por sí solos, no saben llevar y soportar; todos tienen algo que ofrecer a la paciencia de los demás para que llegue a ser fecunda en misericordia.

La tentación para nosotros, y para toda comunidad, es la de creer que este soportar sea algo “de menos” para nuestra vida monástica y comunitaria. La tentación es la de esperar el feliz momento en el que no tendremos ya ninguna fragilidad que llevar, personalmente o en comunidad. La tentación es la de creer que el ideal monástico sea aquel en el que no se necesita más la misericordia, en el que la fuerza y la perfección prevalezcan sobre las fragilidades y debilidades. La tentación, como escribe Thomas Stearns Eliot en los *Coros de “A Rocha”*, es la de “soñar sistemas tan perfectos que no sea ya necesario ser buenos.” “Pero, añade agudamente Eliot, el hombre, tal y como es, ocultará siempre lo que el hombre pretende ser.”

San Benito no ha soñado jamás con crear en el monasterio un sistema perfecto, sea porque tenía una conciencia demasiado realista de la humana fragilidad, como, sobre todo, porque sabe que “ser buenos” es, de hecho, la verdadera perfección cristiana, la perfección fecunda del amor. El ideal de perfección cristiana y monástica es “ser misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36), e imitar a Cristo “manso y humilde de corazón”, precisamente llevando “su yugo” sobre nosotros (cfr. Mt 11,28-30). Y el “yugo suave” y la “carga ligera”, que llevando nos dan “resurrección para nuestras almas”, pienso que sea justamente el fraternal “llevar las cargas los unos de los otros” que nos propone san Benito y que cumple la ley de Cristo (cfr. Gal 6,2).

Finalmente, esta paciencia misericordiosa que lleva las fragilidades físicas y morales es el realizarse en nosotros la imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Consolador, y, por lo tanto, un signo de perfección, de cumplimiento de vida personal y comunitaria, y no un pasaje desagradable para superar a penas sea posible.

Vale la pena meditar sobre el tema de la paciencia en la Regla de san Benito. Yo me debo limitar a algunos aspectos y os dejo a vosotros el profundizar.

Para san Benito, la paciencia es un elemento esencial de nuestra vocación y de la formación de la misma. Quien entra en el monasterio, debe ser “probado en toda paciencia” (58,11). Que no quiere decir que sea necesario hacerlo sufrir inútilmente, sino que debe aprender a soportar las fragilidades físicas y morales propias y de la comunidad. Y cuando Benito pide al abad animar a los mejores monjes, las características con las que los define son la obediencia, la mansedumbre y la paciencia (cfr. 2,25)

La paciencia es también el camino a través de lo cual la obediencia nos lleva a superarnos a nosotros mismos. En el capítulo sobre las cosas imposibles, san Benito pide al hermano que se siente oprimido que exponga pacientemente el problema al abad (68,2), con una actitud con la que se mantiene dispuesto a llevar el peso, aunque le pareciera superar sus fuerzas.

En fin, la paciencia es el grado más profundo de la humildad, el que se describe como cuarto grado en el capítulo 7 de la Regla. Es, en efecto, el punto en el que se nos ofrece entrar en el discurso de la montaña de Jesús y, por lo tanto, en la perfección de la vida evangélica, de la vida pascual de Cristo (cfr. 7,42-43).

Y precisamente en el cuarto grado de humildad encontramos una de las más bellas citas de la paciencia, allí donde san Benito pide, en las pruebas y contrariedades, que “se abrace calladamente con la paciencia en su interior – *tacite conscientia patientiam amplectatur*” (7,35).

La paciencia es, por lo tanto, una cuestión de amor: se la abraza como una esposa. Lo que significa que es también fuente de la misteriosa y más íntima fecundidad de nuestra vida monástica. Como la fecundidad de amor del Corazón traspasado del Crucificado.

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.